

El Perú en el reino ajeno*

Juan Miguel Bákula Patiño

Cruzo el umbral de este centro de estudios, al impulso de una íntima alegría, pero, también, consciente de la carga de mi gratitud y de la responsabilidad de corresponder a este gesto que tanto me honra, propio de la generosidad de la Universidad de Lima y de la buena voluntad del Consejo Directivo, siguiendo la iniciativa de su dignísima rectora, mi admirada amiga Ilse Wisotzki, cuya decisión convierte en realidad un proyecto que me era muy caro, y se aplica en mi beneficio el lema de voluntad de esta casa, según el cual “el futuro se hace hoy”.

En efecto, el libro que se presenta, además de cerrar una serie de esfuerzos, que suma una decena de volúmenes, es también una propuesta para seguir haciendo futuro, en ese escenario que no nos pertenece, como se refleja en el título, “El Perú en el Reino Ajeno”; e intenta formular un juicio crítico de situaciones de la historia nacional que son parte de la “historia-mundo”.

Desde otro ángulo, al discurrir sobre el proceso de la institucionalización de la función diplomática, y al subrayar que son los seres humanos, individualizados, los que ocupan el primer plano, debo reconocer que, muy en particular, mi proyecto corresponde a un sentimiento de solidaridad con mis colegas del Servicio Diplomático, enrolando a mis primeros jefes, a quienes debo mucho de mi formación; a mis compañeros de “duelos y quebrantos” (no sólo en el castizo sentido gastronómico); así como a los que en el futuro asumirán similares preocupaciones, dudas y sobresaltos. Por todo ello, descubro que mi propósito último trata de rescatar los valores que, con el auténtico **esprit de corps**, hacen de esta profesión una noble “misión”, en la que radica su especificidad.

* Presentación del libro del mismo título, en la Universidad de Lima, el 12 de diciembre de 2006.

Insistiré en alguna de estas ideas. Al mencionar la “historia-mundo”, debo referirme a dos aspectos que surgen de la autocrítica intentada. Uno, en cuanto dice con el egocentrismo que asoma en el sentimiento nacional, que nubla y distorsiona la percepción de la realidad, cuando se sobreestima la importancia de Perú y se le considera ser eje de la historia; y el otro, consecuencia del anterior que se refiere a la resistencia para reconocer que los cambios en el universo son inevitables; que, hoy como ayer, nada de lo que sucede en otro punto de la Tierra deja de afectarnos; y que, por lo mismo, nuestra dependencia del conjunto –y con creciente gravitación, del inmediato entorno– ha sido determinante y es mayor día a día.

Por todo ello, mucho me temo que estas páginas resulten heterodoxas para algunos lectores –si los hubiere– ya que en apoyo de mi verdad, he tenido que apartarme de la historia oficial de muchos sucesos, de aquella historia construida al gusto y medida de las circunstancias. Para esta versión **ad usum delphini** har sido instrumentos eficientes aquellas alegorías de los monumentos, así como algunas ceremonias que, con los textos de educación, alimentan, con obstinación, los tabúes de la memoria popular.

Tratándose de una institución, como el Servicio Diplomático, la exploración del pasado me ha motivado, como un imperativo de consecuencia, a reflexionar, a recordar y, quizá, a proponer algunas ideas, al verter en este libro tanto los resultados de mis desvelos de muchos años, cuanto la memoria y experiencias de los demás. Asimismo, como resultado de la relectura de documentos y la confrontación de los relatos y de las opiniones, ha sido posible comprobar que en los centenares de páginas escritas, que son del dominio público, hay, con frecuencia, intencionados vacíos, juicios sin apelación sobre algunos personajes, ocultamiento de determinadas circunstancias. En estas versiones, quizá, lo más revelador, podría ser la ausencia de referencias a las percepciones de los que no piensan igual –en particular en otros países– con lo cual la propia percepción además de excluyente resulta, probablemente, arbitraria.

Este último apunte es importante por su permanencia en la apreciación de las relaciones con el mundo exterior, ya que resulta natural que las opiniones de las partes sean contrapuestas o, por lo menos diferentes. Y que la labor del diplomático, si la razón está de su lado, es lograr persuadir de su verdad antes que imponerla; y que si algo de razón se tiene al otro lado de la **table vert**, el justo equilibrio será siempre la solución, cuyo acierto se comprobará si alcanza a ser permanente.

De allí que, si me atreviera a resumir cuál es la primera conclusión que ofrece el análisis de la acción desarrollada por el Perú frente al “reino ajeno” –frente a ese mundo que nos era extraño, muchas veces hostil y siempre cambiante– podría

decir que esta investigación reafirma la grave dependencia en la que el Estado peruano se ha encontrado, en relación con el entorno, vecinal o lejano. Previa una aclaración necesaria, ya que esa situación no es exclusiva del Perú, porque ha sido siempre general y porque, hoy en día, todos los Estados –incluyendo a las superpotencias– están atados al resto del universo; sin que exista posibilidad alguna de resucitar la fantasía de la autarquía, los restos de cuyos ensayos yacen en sangrientas sepulturas.

En aras de la claridad de los conceptos, recorro a una frase luminosa de Marc Bloch, uno de los adalides de la escuela de **Les Annales**, quien afirma que,

“El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar... Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar. Hemos aprendido, sobre todo, a descender a más profundos niveles en el análisis de la realidad social”.

Por esta verdad es que la historia, como el universo, está en expansión permanente y que, ahora, sabemos más de cualquier acontecimiento remoto, que los protagonistas del suceso, ya que a ellos no les fue dado analizar las circunstancias del hecho y sus relaciones con el futuro que no podían conocer,

La aplicación de estos criterios permite ahondar en el proceso histórico del Perú para verificar que la existencia de este grupo humano sobre un territorio antiguo, se ha mantenido con muchas de sus características a través de los tiempos; no obstante los implacables embates del destino. Si bien la historia es, siempre, un proceso discontinuo, en el que trastornos de diversa naturaleza alteran el devenir; hay circunstancias en las cuales la interrupción se produce con caracteres de conmoción, después de la cual se reanuda la marcha en una nueva dirección. Y para nadie debe ser una sorpresa comprobar que, en los últimos 500 años, esta nación, aún en ciernes, ha sufrido tres momentos de fractura.

El primero, corresponde a la conquista, epopeya de cruel desenvolvimiento después de la cual el coloniaje se vistió de oropes con el virreinato. Trescientos años más tarde, estalla la emancipación, cuando en virtud de un episodio extraño –el colapso de la monarquía española– se abrió el camino a la república mientras ejércitos no peruanos no cesaron de llegar; y a fines del siglo XIX, la guerra del Pacífico y sus consecuencias de la desmembración territorial y el desconsuelo. Nunca, nunca después de esas situaciones de ruptura, el Perú volvió a ser lo que había sido antes. Y en los tres casos, el agente determinante fue una acción externa, representando una ominosa lección de dependencia.

A lo largo de estas etapas, las relaciones propias de la vida internacional no han cesado de variar. Hoy, se puede pensar que aquella amenaza venida de fuera

no se volverá a presentar con igual aparato bélico y pérdida de vidas en el campo de batalla. Sin embargo, las condiciones de vulnerabilidad no han desaparecido y, probablemente, han comenzado a hacerse más evidentes. En el horizonte del siglo XXI, la viabilidad de un Estado está vinculada al desarrollo científico y tecnológico, al potenciamiento de su capacidad económica así como a su habilidad para beneficiarse de su acción en el exterior. Es esta última calidad la que subyace en las páginas de mi libro y la que esta noche propongo a la atención de quienes me escuchan con tanta benevolencia.

En efecto, será la relación en términos de equidad, de recíproco beneficio y de dignidad con los otros Estados, la mejor fuente de riqueza y, más aún, la mayor garantía de progreso, así como el instrumento más efectivo de seguridad.

Para definir y dinamizar estas relaciones y obtener de ellas el máximo beneficio, se requiere, ahora más que nunca, de una acción inteligente, coordinada y eficiente. Con una condición indeclinable, porque el referente por excelencia de esa actividad, es el Estado y lo seguirá siendo por mucho tiempo. Lo cierto es, además, que si bien la ciencia y la tecnología han permitido que el gran conquistador de nuestro tiempo sea el capital, no es la empresa, a pesar de ser el ente más poderoso nunca antes conocido, la que, más allá de satisfacer sus intereses, puede cumplir las funciones y atender a las exigencias que son propias del Estado, ya que no son idénticas sus finalidades. Por lo mismo, tampoco puede asumir el poder de representar al Estado como gestor del bien común, ni mucho menos, obligarse en su nombre. Por ello, a pesar de la tacha de no ser eficiente, el Estado debe continuar agregando a sus funciones tradicionales, la atención de responsabilidades que antes no existieron y satisfacer demandas desconocidas pero crecientes.

Es evidente el desfase entre esas exigencias y las aptitudes del Estado, sea porque sus prácticas no se han renovado, sea porque requiere de nuevas capacidades en su estructura operativa y, principalmente, porque debe lograr el mejor aprovechamiento del capital humano. A este requerimiento de la eficiencia se la conoce como “gestión pública”, cuya praxis es consubstancial con la “reforma del Estado”.

Si se acepta que la complejidad de las “relaciones internacionales” plantea exigencias excepcionales, no se puede ignorar que la más grave demanda que el Estado debe atender es optimizar la presencia de la nación, a fin de sobrevivir en medio de la globalización, gracias a una gestión “eficiente”, a cargo de un grupo humano especializado.

Es por esa auténtica “misión”, con un sentido de entrega y de servicio, con una permanente exigencia de superación, y gracias a la garantía de una carrera

pública, que en este libro se insiste en la necesidad de perfeccionar el Servicio Diplomático, mediante la formación permanente, un severo sistema de selección y una constante apertura ante los cambios. Para terminar, debo agregar que, desde el punto de vista de los resultados, el buen éxito sólo será posible si la sociedad civil asume su responsabilidad mediante la existencia de una “masa crítica” que preste su concurso, sus iniciativas y su aporte crítico, con miras a la formación del consenso, lejos de la influencia de la información circunstancial y no siempre responsable.

Esta final alusión a la eficiencia, es la que explica el propósito cierto, la razón de ser del libro que se está presentando. En las diez letras de esta palabra se resume el más intrincado de los problemas que nos preocupan, que no sólo es la reforma del Estado que tanto se agita, a veces sin saber qué es o qué se pretende alcanzar; la eficiencia es también el **desideratum** de la empresa nacional o transnacional. Conjuga la visión de las ciencias económicas puras para lograr el producto óptimo y el menor costo, con la aspiración de las ciencias políticas para lograr el bien común de todos los ciudadanos con la aceptación general. En último término, es alcanzar la síntesis de la economía con la política, para hacer posible, provechosa y justa la vida en común.

Como resulta de todo lo dicho y escrito, antes y ahora, por los tratadistas y los investigadores, el desarrollo de las ciencias y de la tecnología así como la intensa comunicación entre los pueblos y dentro de sus fronteras, han creado un mundo diferente. Al modificarse la percepción de los dos elementos condicionantes de la vida, el tiempo y el espacio, su gravitación es ahora diferente. Nadie puede dudar que el tiempo ya no es el del antes, con su lento discurrir, porque se vive en el “tiempo real”; y, en cuanto al espacio, éste se ha reducido, al eliminarse las distancias, tal como lo han podido apreciar los astronautas al ver desde el satélite al planeta Tierra, convertido un astro azul, que mejor debería llamarse “Océano”, y en el que no se alcanzan a percibir las fronteras.

Creo que gracias a los sabios comentarios que hemos escuchado, de mis entrañables amigos, José Antonio García Belaunde y Max Hernández, las páginas de este libro han adquirido un valor agregado que, quienes me escuchan, han podido apreciar.

En el caso de “Joselo”, mi afecto –como él lo ha definido– se forma de muchas vertientes, todas ellas propias de quienes compartimos, a través de las generaciones, una comunidad de destino.

A Max, es mucho lo que le debo y, con mayor razón... porque nuestra amistad está a punto de llegar al extremo de considerarme su paciente...

A la eminente rectora de la Universidad de Lima, al claustro universitario en su totalidad, a quienes me escuchan en esta oportunidad y me alientan con su afectuosa sonrisa; a mis ilustres comentadores y al autor del inmerecido prólogo, mi joven colega Jorge Valdez, así como a quienes con su colaboración, consejo, asistencia y estímulo, me han acompañado, corregido e ilustrado; y en particular, a quienes me apoyan en lo íntimo de mi vida con su cariño, mi gratitud, que viene desde muy lejos y desde muy hondo, y aún no se agota.
